

Después de lo cual, fijó una intensa mirada en el rostro de la muchacha. Ésta, sin moverse de su sitio, acercóse al soldado, apoyó en una de sus espaldas sus manos, reclinó sobre ellas la cabeza y comenzó á sollozar.

—¡Valor, Luisa mía! ¡ánimo! Dos ó tres tiros y aquí me tienes de vuelta.

—¡De vuelta!—dijo ella levantando lentamente la cabeza y dejándola caer de nuevo.—¡Quién sabe!—añadió, con voz sofocada por el llanto.

Siguió un momento de silencio, y después el soldado, cual si continuara la conversación interrumpida,

—Conque Luisa... hasta la vuelta.

Púsole las manos en las sienes, alzóle la cabeza, depositó un beso sobre su frente, bajóse, cogió el morral, echóselo á la espalda pasando uno de sus brazos por encima de la cabeza, abrochó la correa con la hebilla, inclinóse de nuevo para tomar el envoltorio, y alargando su diestra á la muchacha, hizo ademán de partir. Ésta, que entretanto se había cubierto el rostro con la orla del delantal y permanecía inmóvil como dominada por el dolor, agitóse de repente, y cogiendo afanosa con sus manos las del soldado:

—¿Escribirás?—le dijo con voz firme y decidida, procurando por tal medio retardar algunos momentos su partida.
—¡Me escribirás todos los días!

—Todos los días, no, vida mía,—contestó cariñosamente el soldado.

—¿Por qué no?—preguntó ella con tono de afectuosa reconvencción.

—¿Y cuando se está en marcha todo el día?

—¡Es verdad!—repuso la muchacha en voz baja inclinando la cabeza.—Pero al menos,—continuó reanimándose de repente,—al menos cada día que entres en acción me escribirás que estás bueno?...

En cuanto á él, que en otras ocasiones había sonreído

oyendo la ingenua sencillez de semejante solicitud, sintió invadido su pecho por un sentimiento tan intenso de compasión, de ternura, de cariño, cual nunca lo había experimentado, y sobreponiéndose á sí mismo, y comprendiendo que había llegado el momento de separarse, haciendo un esfuerzo poderoso, sin abrir de nuevo los labios, la abrazó, besóla y echó á andar.

—¡Oye!—gritó con voz desesperadamente suplicante la pobrecilla, marchando en su seguimiento con los brazos extendidos.—¡Una palabra aún!

El soldado no volvió la cabeza: la muchacha se detuvo, cubrióse el rostro con las manos, permaneció un instante inmóvil, en medio del camino, luego retrocedió, y dejándose caer de rodillas delante de la imagen de María, prorrumpió en amargo y abundante llanto, sollozando como los niños.

El soldado continuaba apresuradamente su camino sin volver la cabeza. Llegado á un punto en el cual se bifurcaba, se detuvo: después de un momento de vacilación volvió el rostro, dirigió la mirada hacia la capillita, y la vió. Ésta en aquel preciso momento levantó la cabeza, miró hacia aquel lado, distinguióle á lo lejos, se incorporó... perdióle de vista. Había tomado por el atajo que, descendiendo rápidamente hasta el fondo del valle, permite llegar en menos tiempo á la ciudad.

Incorpórose á su regimiento á principios de Mayo, y desde entonces escribió todos los días una carta á su familia, recibiendo otra casi todos los días, ora de su madre, ora de su padre, ora de su novia, bien que escritas todas por ésta, puesto que ninguno de la casa sabía escribir, excepción hecha del segundo, que sólo sabía poner su nombre en letras gordas y desiguales.

Encontróse en la batalla del 24 de Junio. Con posterioridad á este día, transcurrieron dos semanas sin que en ellas recibieran los suyos ni siquiera una línea, con lo cual fácilmente pueden comprenderse la ansiedad, la zozobra y la pena

de aquellas buenas gentes. Al cabo, un día, cuando menos lo esperaban, llegó una carta. ¡Qué alegría en todos los corazones! Abriéronla apresuradamente... No era suya la letra: temblaron de temor. Leyéronla y se reanimaron un tanto, puesto que les hablaba de una herida en la mano, recibida el día de la batalla, pero tan ligera, que pasados unos días ni trazas quedarían de la misma, y ya habría dejado la cama sin la calentura que le sobrevino, á consecuencia de la sangre que perdió: que estuvieran sin cuidado, pues la cosa no valía la pena: que no extrañaran que no fuese escrita por él la carta, puesto que la herida la recibió en la mano derecha, y aún le dolían los dedos, pero poca cosa, casi nada. La familia se fué tranquilizando poco á poco. Pasada otra semana recibieron otra carta de su puño y letra. Supieron por ella que de nuevo se había incorporado á su regimiento, y ya no volvieron á ocuparse de aquella pequeña desgracia, como no fuera para decir que otras peores acaso podían sobrevenirle, y para dar gracias á Dios de que no hubiese sido peor.

¡Pobres gentes! Motivos tenían para darse por satisfechos si realmente no hubiese sido cosa peor; pero ignoraban la verdad. El desgraciado había sido herido en la pierna por una bala de fusil, á unos cien pasos del enemigo: la bala le había hecho pedazos la tibia y la rótula, y conducido al hospital debió sufrir la amputación por encima de la rodilla.

Al cabo de cuarenta días le dieron una pierna de palo, un par de muletas, una hoja de ruta, y poniéndole á la puerta del hospital, le dijeron:

—Vuelve á tu casa, que por lo que á tí toca, ya has cumplido el servicio.

Antes de emprender el regreso, escribió á su madre participándole la noticia y dándole cuenta del día y de la hora en que llegaría á su casa; pero consignado esto, por más que hizo y por más que se esforzó, no se encontró con fuerzas para revelar toda la extensión de su desgracia. Cien y

cien veces tomó la pluma para referirla, mas escrita la primera palabra, borrábala arrepentido y asustado casi de haberla escrito. Al cabo la puso en el correo, y no bien lo hizo, cuando se le ocurrieron por vez primera todas las consecuencias, las inevitables y tristemente dolorosas emociones que debían resultar de su piadoso engaño: dolióse amargamente de haber ocultado su desventura: sorprendióse de que no se le hubiese ocurrido antes nada absolutamente de lo triste y doloroso que había de ser para su familia vérselo en aquel estado de buenas á primeras; que mejor hubiese sido no ocultarle cosa alguna; contar valerosamente toda la verdad, y fijándose, como nunca lo hiciera, en el efecto que en todos había de producir su presencia en el estado en que se hallaba, y presintiendo y aun adivinando la desesperación de sus padres, ante aquel espectáculo no menos horrible que inesperado, y acordándose de la novia y de los amigos, ocultó entre sus manos la cabeza en ademán desesperado y se echó á llorar.

Era tarde sin embargo.

En semejante situación llegó á la villa cercana á su casa, la víspera del día en el cual, según en la carta anunciaba, debía verificarse su regreso. Durmió en la primera hostería que se le ofreció al paso, y al otro día, al amanecer, con el auxilio del hostelero, subió al carro de un molinero que había de pasar precisamente por la puerta de su casa; dejó á un lado las muletas; echóse como mejor pudo sobre unos sacos de harina, el molinero arreó al caballo y el carro echó á andar.

Recorriendo el camino que se extiende por el fondo del valle, el carro no comenzó á subir la cuesta hasta el cabo de un par de horas de haber emprendido la marcha. Durante ese tiempo, el pobre soldado que, dominado como estaba por sus tristes pensamientos, por las imaginaciones y por los presentimientos dolorosos que se sucedían y giraban en su mente en confuso y revuelto torbellino, en toda la noche

no había conseguido pegar los ojos, cayó en una especie de sopor para lo cual ayudaban á maravilla la monotonía del paisaje y la tranquilidad de la pesada marcha, sólo interrumpida de cuando en cuando por uno que otro bache, que más profundo que las rodadas existían á lo largo del camino. Mas al sentir de pronto heridos sus ojos por una luz más viva y penetrante, y acariciado su rostro por una brisa más fresca y agradable, comprendió que el carro dejaba atrás la hondonada, cubierta de frondosa arboleda, y que comenzaba á subir la cuesta. Entonces despertó repentinamente, y vió aquella colina, aquella vía y aquellas casas, y se apresuró á cerrar los ojos, y volvió la cabeza atrás como acometido de inesperado temor, y se echó boca abajo sobre los sacos con la cabeza entre las manos. El corazón le latía precipitadamente, acumulábasele la sangre en la cabeza, sentíase como anonadado cual si hubiera recibido un gran porrazo. Así permaneció durante largo espacio.

Poco á poco salió de semejante situación, levantando primeramente la cabeza, apoyando las manos en los sacos á fin de sentarse, lográndolo al cabo, después de no pocos esfuerzos, siempre con la espalda vuelta á la colina, y volviendo por último el rostro hacia ésta, bien que sin levantar los ojos. Pasado un rato comenzó á mirar el caballo, dirigió después la mirada á mayor distancia sobre el camino, á la derecha, á la izquierda, á lo lejos, ¡ah! ¡helas allí, aquellas casas bendecidas! Y el corazón le dió un salto inesperado, como si hubiese sido llevado allá sin saberlo y hubiesen aparecido ante sus ojos aquellas casas cuando menos lo esperaba. Hallábanse, sin embargo, muy lejos todavía: no se veían distintamente, ofrecíanse tan sólo bajo la apariencia de una mancha blanquecina medio oculta entre el verdor de la arboleda, y con todo parecíale que estaban muy cercanas, que en breves minutos estaría junto á ellas, y que, llegado ya, sus padres, sus parientes, sus amigos agrupados en derredor

del carro, esperarían que se apeara, y que él debería apearse, pero ¡de qué manera, Dios mío, de qué manera! Y lo imaginaba, y le parecía verlas cual si las tuviera delante todas aquellas personas amadas que en aquella hora precisamente, debían hallarse reunidas y agrupadas en el camino, junto á la puerta de su casa, ó desparramadas por la era aguardándole con afán. Y le parecía también que llegaban á sus oídos confusas y regocijadas aquellas voces conocidas, y distinguir en medio de ellas una más dulce, más suave, más cariñosa, y el corazón se le oprimía, y hubiese querido que aquellas casas hubieran estado muy lejos aún, tan lejos que no le hubiese sido posible distinguirlas, y sin embargo, estaban allí, muy cerca, muy cerca, hasta el punto de parecer que se aproximaban más á prisa y con mayor rapidez que no él á ellas, y bajaba la cabeza, y cerraba los ojos con tal de no verlas.

Pero lejos de adelantar con ello cosa alguna, todavía sufría más, porque al abrir de nuevo los ojos y levantar la vista le parecía haber adelantado mucho, mucho, cien veces más de lo que en tan breve tiempo había realmente andado. Para evitarlo determinó ponerse de espaldas al caballo, y moviendo poco á poco la pierna amputada se volvió. Pero no hubo manera de permanecer durante mucho tiempo en semejante posición, ya que no se pasaba un minuto sin sentir vehementísimos deseos de volver la cabeza, con no poca incomodidad de su parte, y por tanto volvió á tomar la primera posición.

Entonces, mirando á derecha é izquierda del camino, descubrió á muy corta distancia una gran encina de muy frondosas ramas que tenía el tronco hendido hasta la mitad, y delante y debajo de aquéllas una tabla, á manera de asiento, sostenida sobre dos piedras: fijó la mirada en aquel rústico asiento, tocóse la frente con una de sus manos, cual si quisiera revelarse á sí mismo el imprevisto despertar de un